

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO PRIMERO.

El santo Obispo, cuya vida tomo á mi cargo escribir (con la ayuda del cielo) nació en una época, en que la Iglesia tenia gran necesidad de semejante socorro. Hallábase esta como sitiada por defuera por un diluvio de heregias y desfigurada interiormente por una corrupcion de costumbres, de la que ningun estado estaba exento. La ignorancia, el libertinage y la impunidad habian penetrado hasta dentro del santuario y habian producido los estragos que es fácil imaginarse, y de los cuales nos han dejado tan tristes pinturas los que fueron testigos de ellos.

La Francia en particular, y los estados vecinos se hallaban entonces en una situacion deplorable. No se veia otra cosa que discordias, disensiones, incendios, asesinatos y sacrilegios, y en fin todo cuanto puede producir la impiedad de la heregía, armada con el furor de una guerra mas que civil. Veianse por todas partes hogueras encendidas, en las que se quemaban los ornamentos de las Iglesias, los libros de los santos Padres sacados de las bibliotecas mas antiguas, las cruces, los vasos consagrados á Dios, las imágenes de los santos, sus mismas reliquias y sus sagrados huesos, cuyas cenizas se tiraban inmediatamente á los rios. Los sacerdotes arrancados de los altares, presos y asesinados, los mismos altares trastornados y envueltos bajo las ruinas de los templos, los lugares santos profanados y abolido el antiguo culto, presentaban por todas partes un espectáculo horroroso, y hacian dudar si estos países tan amados de Dios en otros tiempos estaban todavía habitados

por cristianos, ó si los infieles habian entrado á habitarlos en su lugar.

El Concilio de Trento que acababa de celebrarse en 1563, se habia opuesto casi en vano hasta entonces á aquellos desórdenes. Los remedios que habia aplicado, en lugar de ser provechosos no habian servido en muchas partes mas que de agriar el mal; y la liga habia adquirido nuevas fuerzas por las mismas precauciones que al parecer debian haberla estinguido. Su autoridad despreciada de los unos, poco respetada de otros, la debilidad ó la negligencia de los que debian hacerla valer, todo esto parece que contribuia á hacer que el mal fuese interminable.

Pero la Sabiduría Divina que ha sabido poner límites al mal, y que deja algunas veces que reine la impiedad para confundirla despues con mayor golpe, detuvo en fin el curso de tantos males. La Religion recobró poco á poco su primer lustre: la fé empezó á entrar en posesión de todos sus derechos: la piedad al volver vino acompañada de la inocencia y de la pureza de las costumbres, y no es poca gloria para San Francisco de Sales el haber sido uno de los principales instrumentos, de que se sirvió la Divina Providencia para obrar tantas maravillas.

Bajo este concepto, á fin de que no le faltase alguna ventaja de aquellas que podian contribuir á la ejecucion de sus designios, le dió un nacimiento ilustre, acompañado de todas las cualidades de cuerpo y alma, que mas podian hacer resaltar su brillo, quiso que su origen fuese de una casa en que la piedad parecia hereditaria, y le hizo nacer de unos padres verdaderamente cristianos, y que tuvieron un particular cuidado, de conservar en su alma la pureza bautismal. Por miedo de que el contagio del mundo no imprimiese alguna mancha en su alma, le inspiró desde luego un santo disgusto de él, y á penas le hubo conocido, cuando le despreció, y para romper con

él de un modo positivo, á pesar de ser el primogénito de una ilustre casa, se alistó en cuanto pudo hacerlo en el estado eclesiástico. Luego se conoció que no habia abrazado este estado para disfrutar de una vida cómoda y ociosa. Apenas se entregó á la Iglesia, cuando ya no vivió mas para sí mismo. Ejercitóse largo tiempo en desempeñar las funciones mas penosas de su ministerio, y si hubiesen sido atendidos sus deseos, hubiera acabado sus dias en el trabajo, sin aspirar jamas á las dignidades que debian ser su recompensa.

Dios se contentó con el sacrificio de su corazon y le colocó á su pesar sobre el trono de la Iglesia de Ginebra. Pero no estaba destinado para resplandecer únicamente en una Diócesis particular; la Francia, la Italia, la Saboya debian ser objetos y testigos de su zelo y de su virtud; y él mostró tanta sabiduría, tanta prudencia y tanta firmeza, que siempre fué reverenciado de los Obispos, estimado de los Cardenales, amado de los Príncipes y de los Soberanos Pontífices, y lo que es mas digno de admiracion, honrado y apreciado de los mismos hereges de quienes era el azote.

Nació Francisco de Sales en veinte y uno de Agosto del año 1567 en el castillo de Sales, de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya. Gobernaba entonces la Iglesia el santo Papa Pio V; reinaba en Francia Carlos IX, y la Saboya reconocia por Duque á Manuel Filiberto padre de Carlos Manuel, famoso por sus disensiones con la Francia. Fué su padre Francisco Conde de Sales, y su madre Francisca de Sionas, ambos de una cuna igualmente ilustre, pero mucho mas dignos de aprecio por su virtud y por la piedad de que hacian profesion. Francisco Conde de Sales, era un caballero de una probidad propia de los primeros siglos y de una buena fé tal, que llegaba á ser escrupulosa, de una exactitud en el cumplimiento de los deberes del cristianismo, de que habia pocos ejemplos, de una sanidad de corazon á

la prueba de la corrupcion de su siglo y de un zelo por la fé católica tanto mas raro en aquel tiempo, quanto que el calvinismo que acababa de nacer y que se habia establecido en Ginebra como en su centro, era reputado por una secta cómoda y por la Religion de los espíritus fuertes. Francisca de Sionas unia á todas estas cualidades una piedad tierna y verdadera, la castidad mas delicada, una modestia extraordinaria y un amor singular al retiro.

Pero entre todas las virtudes que les hacian ser igualmente queridos de Dios y de los hombres, poseian una que resaltaba sobre todas las demas y que les atrajo despues todas las bendiciones de que Dios quiso colmar á su santa familia. Esta era la particular inclinacion que tenían á dar limosna, poniendo en práctica á porfia este consejo de la santa Escritura, tan necesario á las personas que viven en medio del mundo y en el estado de el matrimonio. *No aparteis jamas vuestros ojos de encima del pobre, no sea que Dios aparte los suyos de encima de vosotros; si teneis muchos bienes, dad mucho, si teneis poco dad de buena voluntad lo que podais.*

Pero aunque su caridad se estendia generalmente á todos los pobres, se dirigia particularmente á consolar á los católicos despojados de sus bienes por los hereges y que habian preferido perderlo todo, antes que faltar á la fidelidad que debian á Dios y á la Iglesia: no se contentaban con darles precisamente lo necesario, pues su compasion llegaba hasta procurarles las comodidades de la vida. La vecindad de Ginebra y de los suizos que habian abrazado el calvinismo, les proporcionaba tan frecuentes ocasiones de ejercitarse en este género de limosnas, que una piedad menos sólida se hubiera entibiado, la suya se aumentó con tal prueba, y Dios se la recompensó dándoles un hijo que puede decirse que fué el fruto de su caridad.

La Condesa de Sales estaba aun en los primeros meses de su embarazo, cuando la Duquesa de Nemours que habia casado en primeras nupcias con el Duque de Guisa, llegó á Annecy acompañada de los Cardenales de Lorena y de Guisa y de un gran número de damas y señores de la corte.

Por todas partes se le rendian homenajes á esta señora, no tan solamente porque era hija de Hércules Duque de Ferraro y de Renato de Francia, sino aun mas porque se habia casado en segundas nupcias con Santiago de Saboya Duque de Nemours y del Genovesado, cuya capital es Annecy. El rango que ocupaba la Condesa en aquella provincia la obligó á ir á hacerla la corte. No deseaba mas que cumplir este deber, cuando llevaron el santo sudario de Chambery á Annecy. El Duque de Saboya á ruegos de la Condesa y de los Cardenales permitió que se trasladase allí. A la vista de estas señales todavía sangrientas del amor de Dios á los hombres, la Condesa de Sales se sintió penetrada de una devocion tierna y sensible, que no habia aun experimentado hasta entonces. A ejemplo de Ana madre de Samuel derramó su corazon en la presencia del Señor, le ofreció el hijo que llevaba en su seno, le rogó que le sirviese de padre, que le preservase de la corrupcion del siglo y que la privase á ella del gusto de ser madre, antes que permitir que diese á luz un hijo, que perdiendo la gracia bautismal fuese tan desgraciado, que algun dia se convirtiese en enemigo suyo.

A una oracion tan fervorosa siguió inmediatamente el efecto. Dios atendió á los ruegos de la madre, y derramó sobre el hijo aquella abundancia de gracias y de bendiciones, que le elevaron despues á aquella eminente santidad, cuyos frutos veremos en el discurso de esta historia.

La Condesa volvió á su casa llena de una santa confianza, de que Dios habia aceptado la ofrenda que le ha-

bía hecho de su hijo; le miró como un depósito que el Señor la había confiado y del que debía darle cuenta. Vino al mundo poco despues de la vuelta de Annecy, fué bautizado en la Iglesia de Thorens, y le pusieron por nombre Francisco, por ser este el de su padre, de su madre y su padrino. Como nació de siete meses, á pesar del gran cuidado que tuvo su madre de no hacer cosa que pudiese dañar al fruto que llevaba en su vientre, era estremadamente débil; costó mucho trabajo el criarle, y los médicos desesperanzaron mas de una vez de su vida.

Con todo, salió de los peligros de la niñez y contra la esperanza de todo el mundo creció y se robusteció. A proporcion que sus facciones se iban formando se descubría en él una hermosura y una dulzura tal, que no era posible verle sin amarle. Este exterior tan favorable estaba acompañado del natural mas escelente, que se ha visto jamas. Era dulce, sumiso á sus padres y maestros y dotado de aquel honesto pudor tan necesario para preservar una alma de las primeras tentativas del vicio.

La Condesa que no atendia á otra cosa mas que al cuidado de su educacion, no le perdia de vista y no dejaba escapar ninguna ocasion de formarle ya desde luego para la virtud. Llevábale ella misma á la Iglesia, y le inspiraba un profundo respeto ácia este santo lugar, á la oracion, á las instrucciones y á todos los ejercicios de piedad que en ella se practican. Quiso tambien que la acompañase cuando hacia la visita de los pobres, que les prestase él mismo los pequeños servicios de que era capaz y que fuese el repartidor de sus limosnas. Le leia ella misma la vida de los santos y acompañaba esta lectura con aquellas reflexiones, que estaban á su alcance. De este modo esta caritativa y piadosa madre le encaminaba poco á poco á los ejercicios de piedad y de caridad. Le hablaba con sus acciones y le acostumbraba á hacer el bien viéndole hacer.

Este santo niño no tan solamente correspondia á los

cuidados de su virtuosa madre, sino que sobrepujaba en mucho á lo que de él se podia esperar. Oia la misa y rezaba sus oraciones con un recogimiento y una devocion, que no eran propias de su edad. Todas sus diversiones consistian en hacer oratoritos y en imitar las ceremonias de la Iglesia. La modestia y la sinceridad reinaban en todas sus acciones y discursos, y cuando cometia aquellas pequeñas faltas, que son tan comunes en los niños, preferia el ser castigado á evitar su castigo por medio de una mentira. Su caridad con los pobres tenia algo de particular: no se contentaba con desempeñar fielmente todas las pequeñas comisiones, que su madre le daba para consolarlos; pedia para ellos á todos sus parientes, les daba generosamente todo aquello que le daban para él, y cuando no tenia otro medio de socorrerlos, les daba parte de su comida.

Si se hubiese seguido el parecer de la Condesa, no hubiera perdido esta señora de vista á su hijo, hubiera traído á su castillo sugetos capaces de enseñarle las letras humanas y hubiera preferido gustosa que su hijo fuese algo menos instruido, con tal que no fuese menos virtuoso. Conocia la corrupeion y la licencia de los colegios, y deseaba que se le concediese á la virtud por lo menos el tiempo necesario para arraigarse mas profundamente en su corazon. Pero el Conde su esposo que tenia miras un poco mas humanas con respecto á la educacion de su hijo y que estaba persuadido de lo mucho que contribuye la emulacion á los adelantos de los niños en las ciencias, quiso definitivamente que entrase en el colegio. A la edad de seis años le enviaron á Rocheville, y á muy poco tiempo á Annecy, que no dista sino tres leguas largas del castillo de Sales.

Los progresos que hacia en las ciencias correspondian á los que habia hecho en la virtud. Nada olvidó de cuanto habia aprendido bajo la enseñanza de su virtuosa madre y aprendió en poco tiempo todo cuanto sus maes-

tros alcanzaron á enseñarle. Desde luego se reconoció en él un juicio sólido, una excelente memoria, grandes disposiciones para la elocuencia, un gusto particular en la eleccion de buenos autores y todas aquellas raras cualidades, que le hicieron despues uno de los mas sabios y mas santos Prelados de la Iglesia. Tan favorables disposiciones, unidas á un continuo trabajo y á una aplicacion capaz de hacer sobresalir otro talento que hubiese sido menos apto que el suyo para las ciencias, fueron causa de que el Conde juzgase que ya no podia hacer otra cosa sino perder el tiempo en Annecy, y le obligaron á resolverse á enviarle á acabar sus estudios á Paris en el colegio de Navarra, en donde muchos caballeros conocidos suyos habian sido perfectamente educados. Habló de ello á la Condesa de Sales, pero no pudo lograr su consentimiento sino con la condicion, de que antes de emprender su marcha para aquel colegio, vendria á pasar algunos meses á su lado. Su intencion era la de acabarle de fortificar en la virtud, y armarle contra los peligros á que iba á esponerse en aquella gran ciudad, sujeta á tantos desórdenes y en medio de tantos jóvenes relajados que no buscan mas que los medios de perderse mutuamente. Apenas habia llegado Francisco á casa de sus padres de vuelta de Annecy, cuando supo que el Obispo de Bagneroy iba á celebrar órdenes en Clermont del Genovesado, y rogó al Conde de Sales que le permitiese ir allí á recibir la primera tonsura. Esta proposicion no fué del agrado del Conde: la inclinacion que veia en su hijo á la devocion le hacia recelar, que al fin se resolviese á hacerse religioso ó á abrazar el estado eclesiástico. Como era el primogénito de su casa, de muy buena presencia, de mucho espíritu y manifestaba grandes disposiciones para llegar á ser uno de los hombres mas grandes de su siglo; no se adaptaba semejante intento á las miras que sobre él tenia, y hubiera trastornado los proyectos que habia hecho para colocarle en el mundo de un modo corres-

pondiente á su nacimiento y á sus cualidades personales. Pero como se hallaban reunidas en el Conde mucha Religion y prudencia, conoció por una parte que la negativa no produciria otro efecto en su hijo, que el de obligarle á hacer reflexiones que tal vez no hubiera hecho: que siendo el caracter del hombre opuesto á sufrir contradiccion, era fácil que ansiase tanto mas por el estado eclesiástico, cuanto con mas tenacidad se tratase de oponerse á esta resolucion; y creyó por otra parte que si era la voluntad de Dios que su hijo abandonase el mundo, seria inútil oponerse á la ejecucion de sus designios. Bajo este concepto le concedió el permiso que le pedia y Francisco recibió la tonsura en las témporas de Setiembre del año 1578.

A su vuelta de Clermont, supo por la Condesa su madre la intencion que tenian de enviarle á Paris al colegio de Navarra, para que acabase sus estudios: la respondió que él no tendria jamas otra voluntad que la suya y la de su padre; pero que la suplicaba que cambiase algo del plan y obtuviese de su padre, que en lugar de enviarle al colegio de Navarra, se le enviase al que hacia poco tiempo habian establecido en Paris los padres de la Compañia de Jesus. Le dijo que ella sabia aun mejor que él la fama que tenian aquellos de educar á la juventud, igualmente en la virtud que en las ciencias; que no dudaba que seria lo mismo en todos los colegios de la universidad de Paris, pero que él tenia mas inclinacion á los Jesuitas; que esta misma inclinacion podia contribuir á hacerle adelantar en las ciencias, y que en lo sustancial debia serle muy indiferente al Conde su padre, que estudiase en el colegio de Navarra ó en el de los Jesuitas. Aunque el joven Conde de Sales (que este era el nombre que se le daba) no tubiese á la sazón sino once años, era ya capaz de hacer las reflexiones que acabamos de decir, y los autores de su vida las refieren casi en los mismos términos que se han espresado.

La Condesa de Sales tenía mucha virtud para que no le agradasen las razones de su hijo; habló al Conde de Sales, se mudó de designio y se resolvió enviarle al colegio de los Jesuitas; pero mientras se disponía el equipaje que había de llevar y se le buscaba un preceptor, la Condesa de Sales no desperdiciaba un momento de tiempo. Se ocupaba tanto mas en instruir á su hijo cuanto mas cercana estaba á perderle por muchos meses; le repetía muy á menudo aquellas palabras que la Reina madre de San Luis acostumbraba decir á su hijo: *Dios es testigo, hijo mio, de lo mucho que os quiero, pero preferiria veros muerto delante de mis ojos antes que saber que habiais cometido un solo pecado mortal.* Se esmeraba sobre todo en inspirarle un amor á Dios tierno y lleno de confianza, y le acostumbraba á que le mirase como á su verdadero padre. *Por mas que se diga, (le decia esta señora), no soy yo la que os ha dado la vida. Yo no soy vuestra madre sino porque Dios ha querido servirse de mi para poner os en el mundo, es verdad que habeis sido formado en mi seno, pero yo no os he dado ni esos miembros, ni esa sangre que circula por vuestras venas, ni esos espíritus que son causa de que os movais, ni mucho menos esa alma espiritual é inmortal, que os hace capaz de una dicha sin fin. Dios solo, hijo mio, es el que os ha hecho todo lo que sois y el único de quien podeis esperar todo.*

De todo cuanto veía tomaba ocasion para imbuir en su alma máximas de santidad: si encontraba un pobre le decia, que tal como le veía era hermano suyo, que tenía tanto derecho como él para llamar á Dios su padre; que la fortuna había puesto alguna diferencia entre ambos, pero que la naturaleza y la gracia no la habían puesto; que por estos dos lados todos los hombres eran iguales; que era preciso tener muy presente esto para no tratarlos con altanería, con desprecio ni con sequedad.

Paseando por el campo le hacía que fijase su atencion

en los que sembraban el trigo. *Se cree, le decia, que estas gentes son las que nos mantienen; con todo ellos desempeñan un encargo hermoso; un poco de mas lluvia de la necesaria, ó un poco mas de sequedad basta para perderlo todo; ni es menester mas para que se estienda el hambre por todas partes, y para que nos veamos reducidos á perecer de necesidad; pero esta lluvia, este calor moderado, este tiempo á propósito para que maduren los frutos, dependen de Dios solamente; los hombres nada pueden.*

Con tales y semejantes máximas tan frecuentemente repetidas, formaba en el joven corazon de su hijo un amor tierno á Dios, al paso que inspiraba en él la compasion y el celo por el bien del prójimo. En el discurso de esta historia se verán los frutos que produjo á su tiempo esta santa semilla. El Conde de Sales por su parte apoyaba con las suyas las instrucciones de su esposa, pero con la diferencia sin embargo, de que se esmeraba con preferencia en hacerle un hombre de bien segun el mundo, y que la Condesa parecía que no pensaba en otra cosa que en hacerle un buen cristiano. Uno y otro salieron con su intento y tuvieron la satisfaccion de ver á su hijo igualmente querido de Dios que de los hombres. Habiendo llegado el tiempo de su partida, marchó á Paris bajo la direccion de Juan Deage presbítero, hombre tan instruido como prudente, prefiriéndolo á un ayo secular que era lo que se acostumbraba en aquellos tiempos, y por eleccion particular de la Condesa, que juzgó que su caracter le obligaría á dar mejores ejemplos á su hijo y á velar con mayor cuidado sobre su conducta.

La Francia en 1578 se hallaba en un estado mas deplorable que ninguno de los en que pudiera haberse encontrado desde la fundacion de la Monarquía. La guerra civil y de Religion que la habia arruinado en los reinados precedentes de Francisco II y de Carlos IX con-

tinuaba con el mismo furor en el de Henrique III. Cuatro ejércitos católicos opuestos á otros tantos de hugonotes, acababan de talar las mas hermosas provincias. La liga que no hacia sino acabar de nacer, hacia concebir temores de un tercer partido igualmente opuesto á los intereses particulares del Rey, que á los de la Monarquía. Las ciudades tomadas y retomadas, saqueadas y á medio arruinar, los templos destruidos, la antigua Religion desterrada de una parte del Reino, poco consolidada en otra, la division en todas las clases del estado y muchas veces en el seno de una misma familia, los vasallos sublevados contra su Príncipe, usurpada su autoridad por otros tantos tiranos, cuantos señores particulares habia en las provincias, la clase popular que se elevaba insensiblemente y amenazaba trastornar la Monarquía, el Príncipe agoviado bajo el peso de su desidia y entregado á un pequeño número de indignos favoritos, tan poco parecido á lo que habia sido anteriormente, cambiado por decirlo así en otro hombre, despreciado de un número de personas, odiado del otro, las leyes ultrajadas, la justicia sin autoridad, la hipocresía, la impiedad, la blasfemia, la indiferencia por la Religion, y sobre todo la impunidad, que saliendo de la Corte como una fuente, se estendia inmediatamente á todas las provincias del Reino, eran otras tantas señales terribles de la cólera de Dios justamente irritado, que amenazaba á la Francia con el último esterminio. Tal era el estado en que se hallaba la Corte, cuando el joven Conde de Sales fué á ella la primera vez. Como la heregía habia hecho á poca diferencia los mismos estragos en aquella parte de la Saboya donde él habia nacido, no se sorprendió tanto de este extraño espectáculo, como lo hubiera hecho á no serle conocido. Su preceptor que no perdía ninguna ocasion de instruirle, conmovido del estado lastimoso en que se encontraba entonces el Reino mas florido de la cristiandad, le hacia que re-

parase cuan cierto es que la piedad y la justicia son los mas sólidos fundamentos de los estados y los apoyos mas firmes de los imperios; cuan peligroso es el tocar á la Religion, el fiarse mucho de la razon y del propio conocimiento, y que no sucede jamas que se rompan los lazos de union entre Dios y los hombres, sin que se corten todos los demas de la sociedad civil. Estas reflexiones que les obligaban á renovar muy á menudo los nuevos objetos que se presentaban á su vista, los condujeron hasta Paris.

Apenas acabaron de llegar, cuando el joven Conde de Sales quiso ser conducido al colegio de los Jesuitas: fué recibido en él con aquella favorable prevencion que le acompañaba á todas partes; se le juzgó capaz de empezar á estudiar la retórica; y durante dos años que se dedicó á este estudio hizo tales progresos, que vino á ser en fin uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Estudió la filosofía con el mismo fruto. Como tenia una disposicion escelente, y no perdía el tiempo, se halló capaz para unir á este estudio el de la teología escolástica. El estudiarla su preceptor, le proporcionó esta ocasion. Se aprovechaba de los escritos que traia de la Sorbona, asistía con él á las cuestiones que se defendian, argüian juntos muchas veces y con los otros teólogos que venian á visitarlos; en fin se hizo tan instruido en la materia, como si esclusivamente se hubiese dedicado á aquella ciencia, cuyas espinas y dificultades son mas que suficientes para ocupar enteramente á un hombre.

Quando acabó la filosofía, su preceptor segun la orden espresa que tenia del Conde de Sales, le llevó á la academia, en donde se le enseñó á montar á caballo, la esgrima, el baile, con todas las demas habilidades propias de un caballero de su clase. El joven Conde que desde luego habia determinado abrazar el estado eclesiástico, se aplicaba con repugnancia á estos ejercicios, que conocia muy bien que algun dia de nada le servirian. Con

todo como la voluntad de sus padres era para él una ley inviolable, no dejó de adelantar, y adquirió aquel aire despejado que conservó toda su vida, á pesar de la modestia y simplicidad de que siempre hizo una profesión muy sincera.

Pero como no tenia apego á estos ejercicios, y únicamente se dedicaba á ellos por diversion, no se contentó con sus primeros estudios; aprendió la lengua hebrea, la griega y la teología dogmática, bajo la direccion de Genebrard y del padre Maldonado Jesuita, que enseñaban entonces en Paris con muchísima reputacion. Seis años se pasaron en estas ocupaciones. En este tiempo adquirió Francisco aquella capacidad, que tal vez no se habrá apreciado como era justo, á causa de que la profunda humildad de que estaba poseido, le hacia ocultar su suficiencia á los ojos de los hombres; con todo yo presentaré en el discurso de esta historia tan innegables pruebas de ella, que será forzoso confesar que ha sido uno de los mas sabios, así como tambien de los mas santos Prelados de su siglo.

Sin embargo, los estudios de que acabamos de hablar, no eran su única ni tampoco su principal ocupacion; dedicaba una gran parte del tiempo á los ejercicios de piedad: este era su principal negocio. Sabia que la verdadera devocion jamas ha perjudicado al que la profesa, y que el tiempo que se emplea en servir á Dios es recompensado ventajosamente con la bendiccion que este Señor concede á quanto se emprende por su gloria. Este era el único fin que se proponia el joven Conde en todas sus acciones.

En quanto llegó á Paris, se puso bajo la direccion de un confesor instruido. Le hizo depositario de toda su confianza y nada emprendia de consecuencia sin consultarle antes. No ignoraba, que si es necesario tomar un guia cuando se viaja por un país desconocido, es tanto mas necesario cuando se emprende el camino del cielo,

que es mas áspero que otro alguno; que en él són mayores los obstáculos, y que existen dentro de nosotros mismos las causas que pueden descarriarnos de él, y de las que no es tan fácil poderse el hombre apartar. Se dedicó por consejo suyo á la lectura de la sagrada Escritura, lectura que formaba todas sus delicias, y con el único deseo de poder entenderla perfectamente, aprendió á costa de muchísimo trabajo la lengua hebrea, que en efecto casi no tiene otro uso que la inteligencia de este libro enteramente divino; juntó á esta lectura la del libro intitulado Combate espiritual. Su asistencia á los sermones era continua, y buscaba la compañía de las personas mas virtuosas; pero la que era mas de su agrado era la del padre Angel de Joyeuse, que admirando por su parte su pureza y la inocencia de su corazon, tampoco tenia mayor contento que el de estar con él en conversacion. Este le inspiró el desprecio del mundo, con tanta mas viveza, quanto que habiendo gozado él mismo de todo lo que puede tener de mas seductor, habia sabido despreciarlo, y podia hablar mejor que ningun otro de lo apreciable que es aquella paz de corazon, que no habia podido hallar en medio de las grandezas y de los placeres, ni de todo aquello que tiene el mundo mas capaz de seducir. Le decia á menudo que no habia cosa mas contraria á la práctica de la virtud, que una vida ociosa y holgazana; que la vida penitente no era solamente necesaria para satisfacer los pecados cometidos, sino que todavia era mucho mas útil para conservar la inocencia; que supuesta la furiosa inclinacion que tienen los hombres á abusar de su libertad, era ventajoso muchas veces el privarse de ella, y que esta era la causa que le habia obligado á abandonar no sin asombro el mundo, para no poderse hallar jamas en estado de volverse atras en su resolucion. Estas conversaciones con el padre Angel, movieron al joven Conde á añadir á sus devociones ordinarias la de ponerse un cilicio tres ve-

ces á la semana. Creese tambien con bastante fundamento, que le hicieron concebir el designio de hacer voto de perpetua castidad, como lo ejecutó por este tiempo en la Iglesia de San Esteban de los griegos, á donde concurría muy gustoso á rezar sus devociones por ser un templo poco frecuentado, y muy á propósito para el recogimiento. Allí postrado en tierra despues de haber suspirado largo rato en la presencia de Dios con un fervor extraordinario, le rogó tuviese á bien, que siguiendo el consejo del Apostol renunciase para siempre al matrimonio; que se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su cuerpo, asi como le habia concedido la gracia de admitir el de su corazon, y que le concediese los auxilios de que necesitaba para perseverar en una resolucion tan santa. Inmediatamente se puso bajo la particular proteccion de la Santísima Virgen. La rogó, que fuese su abogada cerca de Dios, y que le alcanzase aquellas gracias sin las cuales habia aprendido en las santas Escrituras, que serian inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para guardar continencia. Despues que hizo este voto formó la resolucion de comulgar cada ocho dias, persuadido de que este pan celestial le fortificaria, y que aquel vino que engendra vírgenes, sostendria su debilidad contra los ataques de los enemigos. Creia, que estos le atacarian por el mismo lado, cuya entrada acababa de cerrarles; pero la tentacion vino por el lado que menos la esperaba. Difundieronse por su alma espesas tinieblas, la confusion se apoderó de su corazon, una turbacion violenta sucedió de repente á aquella paz profunda de que habia gozado hasta entonces; el tedio á todo cuanto habia formado hasta aquella sazón las mas castas delicias de su alma siguió á aquella agitacion. La sequedad sobrevino á este disgusto, y le hizo insensible á todo cuanto podia leer ú oír, por mas tierno que fuese.

Dios, que se habia retirado al fondo de su corazon, habia abandonado, por decirlo así, todo lo exterior á la

tentacion. El enemigo de nuestra salvacion á quien la sagrada Escritura nos representa tan pronto como un leon, que nos acomete con violencia, tan pronto como una culebra, que trata de seducirnos con sus astucias, se aprovechó de esta ocasion. Le persuadió, que todo lo que hacia para ser agradable á Dios era enteramente inútil, que su eterna perdicion estaba decretada, y que estaba incluido en el número de los réprobos. Todo el terror, que la persuasion de condenarse es capaz de producir en una alma, que teme á Dios y que por tanto tiempo se ha lisongeado de poseerle, se apoderó del joven Conde. Como amaba á Dios con un amor lleno de ternura, se affligia mortalmente cuantas veces pensaba que estaba destinado á aborrecerle y á blasfemar de él por toda una eternidad, pensamiento que le ocupaba casi continuamente. El miedo del infierno, la agitacion de su espíritu y la inquietud continua de su corazon le produgeron al fin una profunda melancolía de la que nada era capaz de sacarle. Pasaba los dias llorando, y las noches lamentándose. Su cuerpo aunque robusto, cedió al fin á tan terrible prueba, una amarilléz general se estendió por todo él, y perdió de repente las ganas de comer, de beber y de dormir. Se veian en su semblante señales manifiestas de una desesperacion capaz de todo y los dolores agudos, que sufría en todos sus miembros, casi hacian desconfiar de su vida. El que no haya experimentado cuanto puede en un corazon, que ama á Dios, el horrible pensamiento de hallarse separado de él eternamente, sospechará sin duda que esta relacion es algo exagerada; sin embargo nada hay mas cierto; y entre tantos autores como han escrito la vida de San Francisco de Sales, no se hallará uno, que no cuente los efectos terribles de esta furiosa tentacion del modo, que aqui acaban de referirse.

Su preceptor que le amaba con tanta ternura como si hubiese sido hijo suyo, no sabia que pensar del estado lastimoso á que le veia reducido. Trató de saber la causa,

preguntándosele, pero inutilmente. La vergüenza, que el joven Conde experimentaba dentro de sí mismo, le había hecho obstinarse en ocultarla; y nada le parecía mas terrible, que el verse obligado á confesar, que era un réprobo. Sin esta funesta vergüenza, que acompaña siempre á las tentaciones semejantes á aquellas que acabamos de contar, no seria la cura tan difícil. Una declaracion humilde hecha á una persona ilustrada bastaria las mas veces para desecharlas. La obstinacion en ocultarlas es la que les da fuerza y las hace duraderas.

Pero Dios, que no habia permitido que el joven Conde fuese tentado sino para probarle, le inspiró interiormente la desconfianza en sus propias fuerzas y para fortificarle en la humildad, tan necesaria á la conservacion de la santidad eminente á que estaba destinado, le libró por sí mismo de esta furiosa tentacion, sin el ministerio de los hombres. Para esto le inspiró el Señor el designio de volver otra vez á la Iglesia de San Esteban de los griegos, en donde habia hecho á Dios el voto de su castidad. El primer objeto, que le hizo impresion, fué un cuadro de la Santísima Virgen. A su vista renació en él la confianza, que siempre habia tenido en su poderosa intercesion para con Dios: se postró en tierra y reconociéndose indigno de dirigirse directamente al Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo, la rogó que fuese su abogada cerca de su Divino Hijo; que le alcanzase de él la gracia, de que le librase del mal que le agobiaba y que obtuviese de su bondad, que puesto que él era tan desgraciado, que estaba destinado á aborrecerle eternamente despues de su muerte, que pudiese á lo menos amarle con todo su corazon durante su vida. Una oracion tan agena de los sentimientos de un réprobo, y que prudentemente no puede suponerse que la lúciese sin esperanza, fué inmediatamente atendida. El joven Conde confesó despues, que en el momento mismo que la acabó, le parecia que habian quitado de encima de su

corazon el peso que le oprimia. Al instante recobró la tranquilidad de espíritu y la paz de corazon. Hasta el cuerpo participó de este cambio, y volvió á su casa tan bueno, que su preceptor y sus amigos tuvieron mas deseos que nunca de saber cual habia podido ser la causa que habia producido su mal, y que era lo que podia haberle curado con tal prontitud. El joven Conde que no tenia á la sazón sino diez y seis años, no reparó ya en declararles lo uno y lo otro, y sus amigos le confesaron á su vez, que ellos habian juzgado que una passion violenta, que no tenia esperanzas de poder satisfacer, era la que le habia conducido al infeliz estado en que le habian visto. Su preceptor añadió, que él se habia molestado en vano por saber quien pudiera haberla causado, le afea por la imprudente vergüenza, que le habia obligado á ocultar lo que pasaba en su interior, y le hizo prometer que no volveria á portarse de semejante modo en lo sucesivo. Pero no tuvo que hacerle ya mas semejantes confianzas. La paz que acababa de recobrar, no volvió á ser perturbada, y en adelante gozó siempre de aquella tranquilidad que la Santísima Virgen le habia alcanzado. Durante este tiempo, el Conde de Sales que habia sabido que su hijo habia concluido sus estudios, le escribió, que partiese sin dilacion á ver las ciudades mas hermosas de Francia y que se volviese á Saboya despues de haberlas visitado. Pero la poca seguridad que habia en el Reino para viajar fué causa de que el viaje no fuese de mucha duracion. La guerra civil continuaba siempre con el mismo ardor. El Duque de Alenzon heredero presuntivo de la corona, que acababa de morir sin sucesion, el Rey sin esperanzas de tenerla, y los varios movimientos de los que pretendian sucederle, lo llenaban todo de discordias y de confusion. Henrique de Navarra llamado despues Henrique IV como heredero mas próximo pretendia para sí, y contaba en su partido á los calvinistas de Francia, á la Reina Isa-

bel de Inglaterra y á los Príncipes protestantes de Alemania, que todos estaban prontos á apoyar sus pretensiones. Los Príncipes de la casa de Guisa que estaban sostenidos por la liga, cuyo poder se habia aumentado considerablemente, y el Rey de España, sostenian en la apariencia los pretendidos derechos del Cardenal de Borbon, pero en realidad aspiraban á la corona. La Reina madre Catalina de Médicis, á quien una larga regencia habia adquirido gran número de partidarios, queria colocar sobre el trono á los hijos de su hija casada con el Duque de Lorena, en perjuicio de la ley sálica. El Rey Henrique III formaba un cuarto partido. Llevaba muy á mal que no siendo de una edad muy avanzada se atreviesen á disputar sobre la sucesion, y su partido que debia ser el mas fuerte por tener en su favor la Autoridad Real, era con todo el mas débil. Fácil es imaginarse la confusion, la discordia y el desorden que estas pretensiones tan opuestas eran capaces de producir. Las provincias, las ciudades, las mismas chozas, el clero, la nobleza, los parlamentos, todo estaba dividido. Los unos seguian con tenacidad un partido, los otros otro, y no se veian por todas partes sino disposiciones para una guerra, que en la apariencia no podia terminar sino por la destruccion entera de la Francia. Pero como los partidos opuestos se precavian aun algun tanto, no le fué difícil al joven Conde el llegar á Saboya sin haber ocurrido riesgo alguno. Tenia en aquella época, (esto es por los años de 1584) cerca de diez y ocho años, era bien formado, y los progresos que habia hecho en las ciencias y en la virtud le habian adquirido una reputacion, que le hacia ser estremadamente amado del Conde y de la Condesa de Sales. Creia esta señora que ya no era posible que hubiese nada que pudiese separarlos, y que podria gozar tranquilamente de los frutos, que habia producido la excelente educacion que habia dado á su hijo. Pero el Conde de Sales te-

nia otras miras. Reputaba en nada el dejar á su hijo un buen patrimonio y un ilustre apellido, sino trataba á mas de dejarle los medios para sostener uno y otro. Esto es lo que le obligó á resolverse á enviarle á Padua á estudiar el derecho, en donde el famoso Panzirola lo enseñaba con tal crédito, que atraia los extranjeros de todas las partes de la Europa.

La Condesa de Sales consintió en ello con mucho trabajo; pero como se habia impuesto la ley de obedecer á su esposo y este tuvo buen cuidado de hacerla ver bajo un aspecto alhagüeno, las razones que le movian á privarse aun por algun tiempo de un hijo á quien no queria menos que ella; el joven Conde partió para Padua bajo la direccion del mismo preceptor, muy poco despues de su llegada á Sales.

Padua, ciudad episcopal del estado de Venecia, sujeta al Patriarca de Aquileo, es la ciudad mas antigua de Italia. Venecia y Roma misma le conceden mayor antigüedad que la suya; siempre ha sido muy considerable por su grandeza, por la hermosura de sus edificios, por su posicion que es de las hermosas, por la fertilidad de su suelo, por los grandes hombres que ha producido de tiempo en tiempo, y especialmente por su universidad que es una de las mas célebres de Europa. Estaba en el mas alto grado de su gloria, cuando enviaron á ella al joven Conde; pero entre los grandes hombres que habia atraído su reputacion, el famoso Guido Panzirola y el sabio Jesuita Antonio Possevino sobresalian entre todos los demas. Francisco de Sales se puso á aprender el derecho con el uno, y escogió al otro por director espiritual; y aquel grande hombre tan célebre por su ciencia y al mismo tiempo tan famoso por los importantes negocios que le habian confiado los Papas en Suecia, en Polonia y en Moscovia, no tuvo á menos el encargarse de la direccion de un joven estudiante, por haberle dado Dios á entender que algun dia seria llamado á una emi-

nente santidad, y que habia de ser unó de los mas grandes Prelados de la Iglesia. En efecto estando un dia hablando con él de sus estudios, le aseguró el joven Conde que aunque no le disgustase el del derecho, reconocia en sí mucha mayor aficion á aplicarse al de la teología. El padre Possevino le dijo que tenia razon, y que este le seria mucho mas útil que el otro; que Dios no le habia destinado á perorar en el foro, pero si á llevar su palabra á pueblos rebeldes, y á ser el apoyo de la fé y de la Religion en su pais; que debia dedicarse á hacerse capaz de un ministerio tan sublime; que la ciencia sin la virtud no es suficiente, ni la virtud sin la ciencia; que aquellos que no son llamados sino para adquirir su santificacion particular, tienen lo suficiente para lograrla con ser hombres de buenas y santas costumbres; pero que Dios exige alguna cosa mas de aquellos á quienes destina al ministerio de distribuir su santa palabra; que los labios de los predicadores deben ser los custodios de la ciencia, y que teniendo que ser los oráculos de los pueblos tienen obligacion de estar siempre prontos para responder á una infinidad de dificultades sobre las cuales hay derecho de consultarles. Añadió que habia visto por esperiencia en los viajes que habia tenido que hacer de orden de su Santidad á los estados de los Príncipes hereges, que la ignorancia del clero habia contribuido mas á los progresos que habia hecho la heregía en el último siglo, que no la propension que tuviesen los pueblos á la licencia: que en realidad los hereges eran mas presumidos que sabios, y que debian el buen resultado que habian obtenido á la profunda ignorancia en que estaba envuelta la Europa, cuando empezaron á propalar por ella sus errores.

El padre Possevino, que habia reconocido en el joven Conde un admirable fondo de espíritu y de discernimiento, no se contentó con darle este consejo, y le ofreció ser su director de estudios, asi como lo era de su con-

ciencia. Dedicaba á esta instruccion dos horas diarias, que quitaba de sus ocupaciones. Le esplicaba él mismo la suma de Santo Tomás; leian juntos las controversias, que el Cardenal Belarmino acababa de publicar; le hacia comprender la fuerza de las objeciones, y de las respuestas, instruyéndole al mismo tiempo en la elocuencia, como quien tambien la conocia, pues era uno de los mas grandes maestros de ella. El joven Conde correspondia á los esmeros del padre Possevino con un trabajo y una aplicacion capaces de superar obstáculos, que en él no existian. Por esta razon no hay que admirarse de los grandes resultados que obtuvo despues contra los hereges, y que en vano se trataron de atribuir á aquella dulzura encantadora á la que era tan difícil el poder resistir. El corazon en estas ocasiones no se conquista sino despues de haber sabido convencer al entendimiento. La dulzura puede vencer la obstinacion, pero únicamente la ciencia es capaz de sobreponerse al error y de destruir los obstáculos, que un entendimiento orgulloso opone á las luces de la verdad.

Pero las diligencias del padre Possevino en favor del joven Conde no se reducian únicamente á hacerle sabio. Habia hallado en él un corazon segun el de Dios, un corazon puro, un corazon humilde y dócil, y corazon que parecia formado por la gracia para la práctica de las mas altas virtudes. Se dedicó á cultivarle y fortificarle contra todo aquello que hubiera podido corromper su pureza; le enseñó á ver á Dios en todas las cosas y á elevarse á él, por aquellas mismas criaturas que son tan frecuentemente la causa de que nos separemos de su amistad, á reconocer que nada sucede que el Señor no haya previsto, que no haya querido, ó que no haya permitido que suceda; luego le formó en la oracion, en la meditacion y en la contemplacion y en fin no le ocultó cosa alguna de aquel arte divino de la direccion de las almas; nada omitió para hacerlo capaz